

UNA “FIERA DE PIEDRA” TIWANAKU, FALLIDO SÍMBOLO DE LA NACIÓN BOLIVIANA

Carmen Beatriz Loza¹

INTRODUCCIÓN

En Bolivia se vive actualmente un nuevo ciclo político para responder a las continuas y recientes crisis de la propia naturaleza del Estado con sus modelos clientelares, patriarcales y coloniales de relación entre gobernantes y gobernados, entre élites y clases-etnias subalternas. Ese proceso transformador se expresará, entre otros, en la elaboración de una nueva Constitución Política del Estado dentro de un convulsionado proceso histórico de transformación de las estructuras sociopolíticas internas que configuraron la sociedad y la relación entre sus miembros. Los cambios implicaron un debate, entre otras cosas, para rediseñar los símbolos patrios, pues unos consideran que los vigentes “no reflejan la esencia de la bolivianidad y, contrariamente, incorporan elementos sin relación con la cultura nacional”. Otros, en cambio, se aferran a mantenerlos sin modificación con el propósito de “evitar un posible escenario de confrontación”. Y algunos sostienen que “en ningún caso existió la voluntad y fuerza de conciencia para formalizar un símbolo auténtico, original”, en virtud de la dependencia simbólica expresada en la disfuncionalidad icónica y semiótica de los emblemas patrios tanto en su forma, color, como en su sentido profundo (Navia 2005; Gamboa 2007).

El primer semestre de 2007, la Asamblea Constituyente ejecutó nueve foros territoriales en las ciudades capitales para recoger demandas de 15 mil bolivianos (Gamboa 2007: 17-18). En esos masivos encuentros abordaron los temas centrales de los cambios sociopolíticos que

Resumen

El análisis histórico de la arqueología en la primera excavación estadounidense en Tiwanaku durante la década de 1930 lleva a profundizar en el legado simbólico que significó para los bolivianos el descubrimiento de una gigantesca estela-deidad. Ello ocurría en un contexto político altamente tenso: el de la Guerra del Chaco que enfrentaba Bolivia con Paraguay (1932-1935). En este artículo, construido a partir de documentación en archivos privados, se muestra la importancia que tuvo ese descubrimiento para la formulación del “Gran Proyecto para la Arqueología Boliviana” destinado a trasladar la estela-deidad a la ciudad de La Paz, proyecto que trataba de enraizar al boliviano con la cultura tiwanakuta con propósitos nacionalistas, y que fracasó ante la negativa de los paceños, quienes intentaron impedir el traslado, destruir la escultura y frenar cualquier iniciativa de transformación de la ciudad con vestigios precolombinos. A través del discurso de las instituciones cívicas y culturales se puede hacer un seguimiento de la división existente entre las élites letradas: entre aquellas que deseaban preservar los vestigios y entre quienes consideraban legítimo destruirlas.

Palabras claves: arqueología – política – National Museum of Natural History – nacionalismo – Tiwanaku – Bolivia.

Abstract

The first U. S. excavation in Tiwanaku during the 1930s, delves into the symbolic legacy revealed to Bolivians by a gigantic god-stele, discovered in a highly charged political period: the Chaco War (1932-1935) between Bolivia and Paraguay. Based on documents held in private archives, this article shows the importance the archaeological discovery had in the formulation of the “Great Bolivian Archaeology Project” that aimed to transport the god-stele to La Paz. The idea was to root Bolivia in the Tiwanaku culture with a nationalistic purpose, project that failed because it was rejected by La Paz inhabitants who tried to stop the transfer, destroy the sculpture and prevent any further initiatives to transform the city with precolombian vestiges. The discourse of civic and cultural institutions helps to trace the rift between educated elites: those who desired to preserve such vestiges and those who considered that it was legitimate to destroy them.

Key words: archaeology – politics – National Museum of Natural History – nationalism – Tiwanaku – Bolivia.

Recibido: agosto 2007. Aceptado: junio 2008.

¹ Instituto Boliviano de Medicina Tradicional Kallawayá. Asociada a la Unidad Nacional de Arqueología. Casilla de correo 2907, La Paz, BOLIVIA. Email: lozaquipu@yahoo.es

debieran producirse; entre ellos, la transformación de los símbolos patrios. Esta temática suscitó expresiones de violencia de diversa intensidad: enfrentamientos entre ciudadanos y constituyentes, intentos de expulsión a todo el que emita opiniones contrarias a los símbolos instituidos, además de los altercados entre los propios ciudadanos. Al calor de la contienda se constató que los principios populares sobre los símbolos son múltiples y responden a experiencias diversas y discontinuas. Las imágenes del ciudadano común de lo que son y deberían ser los símbolos patrios dibujan versiones fragmentadas en lugar de una imagen coherente y unidimensional. Los bolivianos tienen expectativas de incorporación de una simbología nueva y creativa, por eso mismo, la ausencia de las antiguas representaciones tiwanakutas en las propuestas destinadas a caracterizar la nación. Este dato es revelador, pues confirma una cierta mitigación, en los últimos 50 años, de la manipulación de la cultura tiwanakuta con propósitos más contemporáneos y objetivos políticos ligados al resurgimiento de los programas nacionalistas criollo-mestizos, como lo habían documentado algunos estudios anteriores (Mamani 1996; Kojan y Angelo 2005: 383-408; Kojan 2007). Sin embargo, surgen nuevas formas nacionalistas aymaras en el actual manejo, administración y proyección de Tiwanaku como escenario por excelencia para representar la toma del poder en el país. Uno de esos momentos es la asunción al mando del primer Presidente indígena de Bolivia, Evo Morales Ayma, el 23 de enero de 2006, cuando se expone ante el mundo la sólida identidad indígena de Tiwanaku (Kojan 2007: 69-85).

Como ha afirmado el arqueólogo Bruce Trigger a raíz de la exploración de los ejes de la variabilidad en arqueología, al evocar los tres principales tipos de esta disciplina: colonialista, imperialista y nacionalista, al referirse a esta última señala:

“The primary function of nationalistic archaeology, like nationalistic history of which it is normally regarded as an extension, is to bolster the pride and morale of nations or ethnic groups. It is probably strongest amongst peoples who feel politically threatened, insecure or deprived of their collective rights by more powerful nations or in countries where appeals for national unity are being the counteract serious divisions along class lines” (Trigger 1984: 360).

En términos historiográficos, la emergencia del nacionalismo en la década de los 30 ha suscitado numerosas aproximaciones para verificar sus expresiones históricas desde distintas disciplinas como el arte y la literatura, entre otras. De ahí que conviene preguntarse: ¿la arqueología boliviana sufre esa influencia o el proceso nacionalista modernizador es tan tardío como lo postulan algunos estudios?, ¿cómo se produjo el surgimiento del nacionalismo arqueológico y bajo qué condiciones históricas? Ante estas interrogantes proponemos abordar el problema desde un costado nuevo: el análisis de los vínculos existentes entre la práctica arqueológica y la construcción del discurso nacionalista en Bolivia, particularmente en la década de los 30, un período absolutamente obviado en la historia de la arqueología boliviana, la que se ha abocado principalmente a los años 50 (Mamani 1996; Kojan y Angelo 2005: 383-408).

La particularidad de este artículo reside en la identificación de los actores sociales y en muchos casos de su individualización a lo largo de ese proceso, porque aporta a la comprensión de las intrincadas relaciones existentes entre la arqueología y el poder estatal; además de evidenciar la instrumentalización política del discurso y el quehacer arqueológico en el contexto del enfrentamiento armado entre Bolivia y Paraguay. La historia del nacionalismo arqueológico es obviamente larga y no se pretende en este artículo narrarla en toda su extensión, simplemente se limitará al momento inicial de ese proceso. Se lo abordará estudiando la actividad de la misión estadounidense del *Museum National of Natural History* de Nueva York a la cabeza del arqueólogo Wendell Bennett (1905-1953), quien decidió excavar en las ruinas de Tiwanaku situadas a 70 km de distancia de la ciudad de La Paz, en pleno altiplano boliviano.

Se reconstruye el desarrollo de una excavación a partir de la secuencia de eventos relacionados al desenterramiento de una estela-deidad en junio de 1932, y se prosigue con el análisis de la excavación y su traslado a la ciudad de La Paz en julio de 1933. Esa sucesión de acciones complejas y polémicas, más allá de merecer su registro por los aspectos técnicos para la historia de la arqueología, plantea, a su vez, una reflexión acerca del valor del sitio

arqueológico en la construcción de una estética política² que sirve de fundamento para la formulación discursiva del sentimiento nacional boliviano entre los años 30 y 60, justamente cuando se elaboró un proyecto de y para la élite letrada, el cual debía ante todo asegurar su dominio sobre la imaginería de la nación.

El análisis bibliográfico destaca que desde la arqueología existió un interés por la estela-deidad ubicada en Tiwanaku en los años 30, pero utilizando fuentes de manera incompleta para dar cuenta de la dimensión técnico-arqueológica, desinteresándose por el contexto sociopolítico belicoso en el que se produjo la primera excavación estadounidense que dio a conocer dicha estela-deidad, de ese modo, perdiendo por completo el contexto histórico de la formulación de ese proyecto (Ostermann 2002: 17-32; Viceministerio de Cultura 2002). Si bien algunos textos analizan la excavación de la estela-deidad en los años 30 y, posteriormente, detallan la excavación y traslado, y restitución en Tiwanaku en la década de los 90, no dicen nada acerca de los nexos existentes entre las acciones de política cultural estatal y la arqueología, menos sobre los lazos que vinculan a las excavaciones con la ideología salamanquista conservadora de los años 30.³ Y peor aún, no han entrelazado temas aparentemente tan remotos como: la diplomacia, el afianzamiento de las instituciones cívico-culturales y sus acciones concretas acerca de la primera excavación estadounidense en Tiwanaku (Scarborough 2008: 1089-1101). Este texto hace el esfuerzo de abordar las ausencias mencionadas y de presentar la diversidad de voces de los numerosos actores sociales implicados en el proceso.

A partir de un exhaustivo relevamiento, compulsiva y crítica histórica de las fuentes de la época, este artículo aspira a un acercamiento a la historia de la arqueología pensada en tres partes para dilucidar “como un todo”

² Entendemos la estética política como la apreciación de las esculturas e imágenes tiwanakutas en función de los criterios de belleza que puedan ser puestos en valor con fines de manipulación política.

³ El salamanquismo es una expresión para señalar la tendencia política de fidelidad al Presidente de Bolivia Daniel Salamanca (1931-1935) cuyo proyecto fue eminentemente conservador y guerrero; prueba clara es haber provocado el conflicto bélico con Paraguay.

el proceso de la excavación, traslado y reubicación de la estela en la ciudad de La Paz. En la primera parte, se presenta sintéticamente el contexto del descubrimiento considerando tanto las excavaciones preliminares de Bennett como la conclusión de las mismas merced a los trabajos realizados por el ingeniero naval austriaco-boliviano Arthur Posnansky (1873-1946).

Luego, en la segunda parte se abordan los rasgos más salientes de la tensión desencadenada entre los paceños y el gobierno por su reubicación en La Paz, justamente cuando la ciudad estaba en pleno proceso de modernización y adhesión a los valores arquitecturales europeos y abocada también a la creación de espacios de rememoración y de construcción de la nación como sede del gobierno boliviano. En la tercera parte se profundiza en los términos del discurso de rechazo en contra de la estela-deidad formulado por un sector de las élites letradas paceñas, las cuales tuvieron dificultades para identificarse con la cultura que la produjo.

A lo largo del texto, la designación de estela-deidad es empleada para connotar su doble dimensión: la de monumento y la de deidad por los atributos divinos que la cultura aymara le ha conferido a lo largo de la historia. Recuérdese que las poblaciones aledañas a Tiwanaku producían y recogían fragmentos de los monolitos por los poderes protectores que poseían. Se advierte, sin embargo, que los paceños urbanos la reconocen como “Monolito Bennett”, expresión acuñada por los periodistas bolivianos en la década del 30, siguiendo la corriente de nominar al monumento con el nombre del descubridor. Contrariamente, el propio Bennett la nombra en sus escritos personales como *my baby*, mientras que en sus textos científicos la denomina *High Monolith of Tiwanaku* y, en total oposición a este autor, Posnansky inspirado en la terminología aymara la identifica como la principal deidad femenina andina, llamada *Pachamama* (señora del tiempo y del espacio), sin que sepamos a cabalidad si los aymaras de la época la veían de esa manera o más bien era una propuesta individual. Empero, en los años 30 amplios sectores paceños urbanos la denominan “pedrusco” y sólo los poetas populares la designan “fiera de piedra”, expresión popular que se retoma en el título de este artículo. Únicamente a partir de fines de los años 50

se va empleando la designación técnica de estela n° 10, que no se ha arraigado entre los arqueólogos hasta el presente (El Perro del Hortelano 1933).

Todo el proceso histórico se ha reconstruido a partir de numerosas y diversas fuentes primarias particularmente inéditas. En primer lugar, tuvieron un papel central los testimonios de la prensa local de la época que abarcan la diversidad de tendencias políticas de entonces. Luego, ha sido muy reveladora la correspondencia institucional guardada en repositorios públicos estatales y especialmente archivos privados que no fueron consultados por quienes anteriormente se dedicaron a esta temática. Finalmente, una de las fuentes que más novedades me ha proporcionado fueron las fotografías digitales del proceso de excavación de la estela-deidad, las cuales fueron tomadas por el propio Posnansky. Las fotografías se encuentran en el Archivo Privado Javier Núñez de Arco, quien las compró, restauró y digitalizó para ofrecer mejores condiciones de análisis a los investigadores. La elección de esos materiales no fue neutra; comprobé que la gran mayoría de las fuentes fueron dejadas de lado en los estudios anteriores (Ostermann 2002: 17-32; Ponce Sanjinés 2002: 51-57; Viceministerio de Cultura 2002; Scarborough 2008: 1089-1101).

❖ POLITIZANDO LA PRIMERA EXCAVACIÓN ESTADOUNIDENSE

Todo comenzó en La Paz el 19 de mayo de 1932, en un ambiente turbulento, incierto y hostil. Bolivia se hallaba asolada por una gran depresión socioeconómica debido, entre otras cosas, a la baja de la demanda de minerales, lo cual generó despidos masivos de mineros. Todo ello provocó una amenaza de los insurgentes marxistas encargados de acosar intensa, continua y eficazmente al gobierno de Daniel Salamanca (1931-1935). En términos más globales, la eclosión era producto de la crisis económica de 1929 que fue el punto de quiebre más importante en la historia de América Latina del siglo XX. Empero, sus efectos se ahondaron a nivel de política exterior por la revisión de los límites fronterizos que separaban a Bolivia de Paraguay exacerbando el sentimiento nacionalista (Arze Aguirre 1999: 55-29). En esas circunstancias, el Presidente de

la República y su Ministro de Instrucción, Alfredo H. Otero (1892-1932), emitieron una Resolución Suprema autorizando al arqueólogo estadounidense Wendell Bennett (1905-1953), del *Museum of Natural History* de Nueva York, para excavar las ruinas de Tiwanaku (*El Diario* 1932 n° 8942).

Esta Resolución Suprema marca con admirable contundencia un hito propiamente inaugural: autorizar a los estadounidenses la primera excavación de las ruinas de Tiwanaku, a pesar de la oposición de la “sociedad civil”. Esta última, entendida como el conjunto de sociedades, asociaciones voluntarias que no son parte del Estado y sin embargo ejercen alguna forma de poder social. Así, los movimientos ciudadanos, las instituciones, los partidos políticos se consideran parte de dicha sociedad que vanamente intentó disuadir al gobierno de una denegación para los estadounidenses. Esa fue la tentativa de la Academia Nacional de Historia que luchó por impedir sin éxito esa autorización al considerarla como un acto “lesivo a los intereses nacionales” –tal como lo expresaron a la Cancillería de la República (*El Diario* 1933 n° 8994).

Postulo la hipótesis de que tal autorización fue conseguida por la mediación de las autoridades del servicio diplomático y consular de los Estados Unidos de Norteamérica, a la cabeza del diplomático Edward F. Feeley (AMRE, Correspondencia recibida 1932-1933). Fue él quien consiguió dicha aprobación, dada su especial habilidad diplomática, puesto que en el pasado (1894) se había negado el permiso al representante de una expedición del *Museum of Natural History* de Nueva York, el etnólogo suizo-estadounidense Adolph Bandelier (1842-1914) (Bandelier 1910; Loza 2004).

Evidentemente, en 1932 el diplomático Feeley sabía que Bolivia necesitaba el apoyo del gobierno estadounidense debido a los conflictos limítrofes con Paraguay por el territorio del Chaco (desde 1932 hasta 1935). De ahí que la coyuntura elegida fuera favorable, pues meses después de producidas las excavaciones se llevaría a cabo en Washington la conferencia para la solución del problema territorial que inquietaba a los dos países. En consecuencia, en 1932 era difícil negarse a cualquier

Identidad del opositor	Ocupación del opositor	Período de actuación	Membresía en institución
Luis Segundo Crespo	Historiador	1868-1938	Academia Nacional de Historia
León Manuel Loza	Político	1878-1955	Sociedad Geográfica de La Paz
Agustín Morales	Político	1868-1938	Sociedad de Propietarios de Yungas
Victor Muñoz Reyes	Geógrafo	1879-1937	Academia Nacional de Historia
Manuel Rigoberto Paredes	Folclorista	1870-1950	Sociedad Geográfica de La Paz
Claudio Pinilla	Literato	1859-1928	Academia Nacional de Historia
Ismael Sotomayor	Periodista	1907-1961	Sociedad Geográfica de La Paz

Tabla 1. Identidad de los principales opositores a la excavación de Bennett en 1932. Fuente: Elaboración propia sobre la base de la documentación oficial existente en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de Bolivia.

tipo de demanda estadounidense, pues existía presión del Departamento de Estado en las negociaciones del Pacto de No Agresión.

La opinión pública paceña se pronunció inmediatamente después de conocer la autorización gubernamental. En efecto, destacados intelectuales bolivianos elevaron sus voces de protesta, muchos de los cuales son identificados en la Tabla 1.

A diferencia de las opiniones de los intelectuales arriba listados, hubo otros entendidos en arqueología que abogaron por la misión estadounidense, asegurando sus beneficios para la ampliación del conocimiento científico. Por ejemplo, el arqueólogo boliviano Maks Portugal (1906-1984) argüía que era una oportunidad para preservar los restos tiwanakutas de dos principales depredadores: los turistas, quienes pretendían perennizar su viaje guardando fragmentos de las esculturas que habían admirado, y los indígenas de Tiwanaku, que buscaban ser protegidos reteniendo los fragmentos de los monolitos. Así las cosas, los comuneros y vecinos con “cincel en la mano” quitaban fragmentos y grabados para conservarlos como “amuletos” en la lucha por la vida o para “cultivar la religión del pasado”, exactamente como reliquias de los santos (Portugal 1932; Tamayo 1933). Sea como fuere, las esculturas de Tiwanaku eran destruidas lenta, pero eficazmente, por diversos actores sociales.

❖ BENNETT Y LA ESTELA-DEIDAD

Las protestas directas y públicas no cambiaron la política arqueológica estatal de apoyo y protección a la primera

excavación estadounidense. Por lo tanto, entre marzo y septiembre de 1932 Bennett y el geólogo estadounidense John G. Phillips examinaron las posibilidades arqueológicas para excavar en Tiwanaku (del 15 de junio al 10 de julio) sobre la base de una descripción precisa y documentada de sus monumentos. En esa época existían relevantes publicaciones: datos recogidos por el geólogo alemán Alfons Stübel (1835-1904), el arqueólogo alemán Max Uhle (1856-1944) y el ingeniero naval austriaco-boliviano Arthur Posnansky (1873-1946). Evaluando toda esa información, advirtieron la inexistencia de una serie estratigráfica a pesar de las buenas posibilidades presentes en el terreno; de ahí su interés por ejecutar una excavación de este tipo bajo el control del Director del Museo Nacional Tiahuanaco y otros funcionarios bolivianos consignados en la Tabla 2.

Identidad	Ocupación	Membresía
Wendell Bennett	Arqueólogo	<i>Museum of Natural History</i>
John Phillips	Geólogo	<i>Museum of Natural History</i>
Luis Herzog	Director, profesor	Museo Nacional Tiahuanaco
Arthur Posnansky	Ingeniero y arqueólogo	Sociedad Geográfica de La Paz
Alberto Villegas	Literato y topógrafo	Delegado del Gobierno boliviano
Moisés Alvarez	Obrero y escritor	Jefe de excavaciones y secretario de Bennett
Eusebio Tarqui(*)	Obrero	Capataz experimentado

Tabla 2. Miembros de la comisión binacional en las excavaciones de Tiwanaku. El asterisco (*) remite a la dirección de Tarqui de una cuadrilla de ocho peones indígenas que trabajaban entre siete y ocho horas diarias. Fuente: Elaboración propia sobre la base de la prensa boliviana de la época.

Para localizar los sitios, Bennett y Phillips fueron asistidos por tres tipos de acompañantes: comisionados bolivianos

encargados de supervisar las excavaciones –Luis Herzog y Alberto Villegas (1897-1934)–, Posnansky, y todos ellos secundados por los lugareños. El conjunto de entendidos bolivianos sugirieron a los estadounidenses ciertos sitios donde se podía excavar con buenas expectativas. Al final, realizaron 10 pozos en distintos puntos de las ruinas –de 10 m² de superficie cada uno–, los cuales fueron determinados en función del grosor de los estratos culturales (*La Razón* 1932 n° 3395).

En cada pozo se halló cultura material tiwanakuta, la cual pasó a formar parte de una colección de cerámica y líticos que quedó en instituciones estadounidenses. Por ejemplo, la sistematización del material comenzó con una clasificación de 14.500 tiestos de cerámica, procediéndose a la selección de lo encontrado en los pozos. La inteligibilidad de ese material fue posible gracias a la utilización de la estadística simple, pues la variable cuantitativa era la cantidad de material, mientras que las variables categóricas eran el grosor, el color, la técnica de elaboración, entre otros. El estudio de la cerámica fue emprendido muy rápidamente, tal es así, que el 8 de julio ya se había procedido a clasificarla en seis de los primeros pozos excavados. La premura se debía al deseo de identificar los distintos estilos cerámicos asociándolos con proveniencias estratigráficas, lo cual permitió a Bennett dividir la secuencia estilística en tres periodos: Temprano, Clásico y Decadente. Bennett también identificó un intervalo post-Tiwanaku que denominó Post-Decadente, así como un período Inca –llamado inicialmente *Chullpa*– para designar el período situado entre el Decadente y el Inca (Bennett 1954 [1933]).

El lunes 27 de junio de 1932 empezó el sondeo del pozo 7 y el martes en la tarde una trascendental localización estaba hecha, pues a 0.5 m de profundidad los picos de la cuadrilla de excavadores indígenas golpearon una piedra antropomorfa que era nada menos que la cabeza de una gigantesca representación de la estela-deidad de arenisca arcosa roja –de 7.30 m de alto (incluida la base de 1.80 m) y 1.27 m de ancho máximo. La misma se encontraba caída y ligeramente inclinada en sentido norte-sur, desviado 20° al sesgo en dirección este. De ese modo, Bennett, en compañía de Phillips, fueron quienes localizaron la porción delantera de la estela, así como sus dos flancos, pero no la espalda que permaneció

cubierta de tierra; posteriormente Posnansky, una vez que Bennett terminó su trabajo y salió de Bolivia, se dedicaría a excavar la pieza en su integridad y a dar a conocer su parte posterior (Figura 1).

Se aclara que Bennett exhumó otros artefactos arqueológicos adicionales junto a los pies de la estela-deidad: una pequeña estatua monolítica que estaba ubicada al este; una piedra tallada ligeramente, situada todavía más distante, ubicada también en dirección este; dos cabezas de piedra de distinta dimensión y una presunta piedra de moler (Bennett 1954 [1933]: 121). Se insiste en ello porque recientes publicaciones omiten las piezas citadas y, lo que es peor, el actual montaje museográfico continúa con esa visión (Ostermann 2002: 17-32; Ponce Sanjinés 2002: 51-57; Villagómez 2002: 104). Este procedimiento no es neutro, más bien brinda una imagen incompleta de su contexto.

En suma, todo indica que Bennett, pese a su trascendental descubrimiento, nunca se apartó de su objetivo principal de investigación: definir una secuencia histórico-cultural basada en criterios de cambio estilístico en la cerámica. En ese sentido, basado en las excavaciones realizadas definió los estilos tiwanakutas temprano, clásico y decadente (Browman 1978: 292-293; Albarracín Jordán 1996: 36).

➤ EXCAVANDO LA ESTELA-DEIDAD

Las excavaciones arqueológicas de los estadounidenses motivaron reacciones espontáneas, rápidas y concretas, tanto de parte del gobierno como de la rebelde opinión pública paceña. Ambos reaccionaron rápidamente ante la eminente excavación arqueológica estadounidense. Por ello, el gobierno tomó disposiciones administrativas denominadas pomposamente: “Gran Proyecto para el Resguardo de la Arqueología Boliviana”, cuyas bases pragmáticas es necesario conocer con más detalle en vista del silencio existente respecto de su existencia en la literatura arqueológica boliviana (AACLP 1933).

El 29 de junio, el gobierno sostuvo que Tiwanaku “era propiedad de la nación”, en consecuencia, determinó



Figura 1. Monolito Bennett publicado en *La Razón* (1932 n° 3401).

que el Poder Ejecutivo proveyera el cuidado y resguardo. Dicha medida no sólo era de interés nacional, sino que estaba destinada a favorecer a los estadounidenses a fin de ofrecer condiciones oportunas para el “mejor estudio de la arqueología americana” en un territorio bajo tuición del Estado (República de Bolivia 1932: 89; *El Diario* 1933 n° 9021). Estas condiciones determinaron la “expropiación forzosa de las tierras” en cuatro zonas de Tiwanaku.⁴

⁴ Las cuatro zonas son: 1) “Un cuadrilátero, cuyos lados serán la línea de ferrocarril de Guaqui-La Paz, desde la estación de Tiahuanacu hasta Huañahahuiria en una extensión de 800 m; el riachuelo mencionado desde el cruce con el ferrocarril hasta el camino carretero La Paz-Tiahuanacu, en una extensión de 400 m; la recta trazada desde la intersección de Huañahahuiria con el camino carretero indicado, hasta el cementerio de Santa Bárbara cuya puerta y terreno circundado quedarán dentro del cuadrilátero en una extensión de 900 m desde el cementerio hasta la estación de Tiahuanacu”; 2) “En el lugar denominado corte o panteón de Tiahuanacu, sobre la línea que se dirige a Guaqui, dos paralelogramos a cada lado de la línea, de 200 m de largo por 50 de ancho, cada uno”; 3) “Media hectárea frente a los tres monolitos que se encuentran a la izquierda de la ferrovía Tiahuanacu-Viacha”; y 4) “Nueve hectáreas alrededor de las ruinas de Puma Puncu” (*La República* 1933, 29 de junio).

Tiwanaku, durante varias semanas, pasó a formar parte de los lugares más concurridos y la sociedad paceña se precipitó a constatar con “sus propios ojos” la monumentalidad del descubrimiento olvidando el proyecto estatal y la zonificación propuesta desde el gobierno (APACLP 1933). Un gran espectáculo se realizó en el sitio gracias a las gestiones de la Oficina de Turismo que organizó un viaje de divulgación arqueológica en tren bajo los auspicios de *The Peruvian Corporation*.

Muy temprano, la mañana del 10 de julio, partieron los viajeros de la Estación Central para almorzar en el pueblo de Tiwanaku. Posteriormente, escudriñaron entre las piedras, mientras Posnansky ofrecía una conferencia introductoria a las “milenarias ruinas” y acompañaba a los visitantes al pozo de excavación 7, donde yacía la estela-deidad. El conferencista hizo toda una representación pública a sabiendas de que Bennett se llevaba el reconocimiento del público paceño y también internacional. Una frase suya rescata ese sentimiento:

“Desgraciadamente en Bolivia se da mérito a gente extraña y se colma inmerecidamente de honores y facilidades, cosa que no se hace jamás con los hijos del país y a los que se dedican durante largos años a estudiar su propia tierra” (Posnansky 1940, 12.287: 7; énfasis nuestro).

Pocos días después, los miembros del regimiento Ballivián, acantonado en Guaqui, se hicieron fotografiar en una zanja sin desagüe donde la estela estaba tendida horizontalmente, mostrando su faz delantera. Esta visita muestra un cambio de mentalidad de los militares con relación a Tiwanaku, pues esta vez su presencia no estaba destinada a depredar los líticos a tiros, como lo hicieron en el siglo XIX hasta que fueron denunciados por el arqueólogo alemán Max Uhle (1839-1945) (Loza 2004).

Los turistas, por supuesto, también se precipitaron a visitar Tiwanaku. El 8 de julio, un vagón con importantes políticos y empresarios estadounidenses llegó hasta la estación de Tiwanaku y los pasajeros, una vez descendidos del vagón, se dirigieron al área arqueológica. Entre los visitantes de más prestigio, estuvo presente el senador por Pensilvania, Fritz Gibbson, así como el importante fabricante de Bedford, H. C. Heckermann. La visita fue por demás insólita, pues “muy pocos bajaron a tierra” y, para sorpresa de las autoridades bolivianas, los turistas tardaron “más en bajar que en subir” a su transporte (*La Razón* 1932 n° 3401).

❖ PLANTEANDO EL “GRAN PROYECTO PARA LA ARQUEOLOGÍA”: VISIÓN, DISENSO Y CONFLICTO

Bennett dejó a la estela-deidad tendida en su lecho, permaneciendo en esa posición desde su desenterramiento parcial y, por eso mismo, sufriendo grandes peligros de deterioro no sólo porque las condiciones de exposición eran preocupantes, sino también porque se corría el riesgo de su destrucción por los moradores de los alrededores y la inusual presencia de numerosos visitantes en el sitio. Ante esa situación, Posnansky decide asumir la excavación completa de la pieza para retomar el control de las ruinas y recuperar el brillo de su imagen ensombrecida por el éxito de Bennett.

En esas circunstancias se plantearon las condiciones ideales para ejecutar el Gran Proyecto de la Arqueología Boliviana. Así, el proyecto de excavación de la pieza es cuidadosa y limitadamente comunicada al Ministerio de Instrucción y al Museo Tiahuanaco, sin especificar sus intenciones a la opinión pública. Aunando criterios con las instituciones oficiales, nace una operación denominada: “Trabajos para protección del gran monolito”, la cual estaba destinada a la toma de cuatro medidas básicas: limpieza, inventario, protección para su traslado y trabajos de emplazamiento en la ciudad de La Paz. Tamaña tarea supuso desarrollar trabajos diversos, complejos y específicos con un equipo —compuesto básicamente por peones y niños de las comunidades aledañas que solían comerciar y revender restos arqueológicos, denominados en lengua aymara: *katukipa monolitonaka* porque al estar cerca de ellos cargaban algunas partes de las esculturas despedazadas.

Con tal propósito se movilizó a las empresas para recuperar materiales, particularmente durmientes, destinados a protegerla.⁵ Sin embargo, el desafío más importante fue proceder a una prolija limpieza del reverso de la pieza que no había sido tocado por Bennett. A fin de lograr que el bloque recibiera aire para secarse, Posnansky comenzó una ardua labor dentro del agua y el lodo. Echado de espaldas procedió cuidadosamente como sigue, según su propio relato:

“(…) sosteniendo en una mano un cabo de vela y quitando con las uñas de la otra de la espalda del ídolo los últimos trazos de la pegajosa arcilla (…) fueron sus ojos los primeros que pudieron admirar una figura semejante a la del centro de la Puerta del Sol, por toda la corte celestial de figuras” (Posnansky 1945, I-II: 186-187).

Durante varios días, por las razones esgrimidas se amplió la zanja para la circulación del aire y secado de la pieza cuya superficie de arenisca arcosa estaba blanda por la acción de la humedad, cuidando que no se deshaga al más leve contacto. La mole fue ladeada sobre su lecho quedando de espaldas sobre dos vigas de 12 x 12 pulgadas.

⁵ Remito a la fotografía publicada en *La Razón*, Año XVI, n° 3403, domingo 10 de julio de 1932, La Paz.

Una vez secada la pieza y asegurada, se procedió a colocarla sobre vigas, rodeándola con pequeños durmientes de madera en cada región del cuerpo donde le ajustaron tres precintos o collares de hierro, unidos en la espalda mediante chapas.⁶ Gracias a ello, la parte delantera quedó hacia arriba. Mientras eso sucedía, los peones de su equipo instalaron una línea de desvío de la ferrocarril de La Paz a Guaqui que, arrancado de su costado oriental de la colina de Akapana, terminó unos metros más al norte de la cabeza de la pieza. Posteriormente, ésta fue levantada hasta una altura de 1.50 cm para subirla a la plataforma de uno de los carros del tren, a fin de dirigir los movimientos de la pieza ya empaquetada y asegurada con el propósito de filmarla. Sin embargo, se produjo una caída –según el relato de Zacarías Monje Ortiz, un testigo presencial– ocasionando un enorme retraso en el traslado:

“(...) desde medio día hasta las siete de la noche para volver la plataforma sobre la línea y, quitando las vigas de hierro que transversalmente mantenían izada la estatua, esta quedará completamente recostada, a lo largo del carro plano (...)” que la trasladaría a la ciudad La Paz (1933: 165).

A medida que se avanzaba en la excavación, se logró un registro documental minucioso para reproducir una parte del dibujo de la parte trasera del cuerpo, por la riqueza de sus grabados. Se realizó una filmación, se tomaron más de 100 fotografías copiadas en “papel contraste”, se mandaron a elaborar 163 piezas que conformaban un molde negativo en yeso armado, y además otro positivo del mismo material (Posnansky 1945 I-II: 188; ALP 1942; APJNA).

❖ CONFLICTUANDO LOS IMAGINARIOS PACEÑOS SOBRE TIWANAKU

Cuando el Ministerio de Instrucción comunicó a los paceños del traslado de la estela-deidad a la ciudad, su reacción fue colérica, resistente y organizada a partir de pequeños grupos dispares que lograron federarse,

coyunturalmente, en contra de las expresiones esculturales de la cultura Tiwanaku. Esos grupos organizaron una fuerte campaña de descrédito al mencionado proyecto con el objetivo de frenarlo inmediatamente. Durante varias semanas las opiniones contrarias de ciudadanos y políticos que sostenían y materializaban el Gran Proyecto de la Arqueología Boliviana se multiplicaron por doquier, sumándose la de los coleccionistas e intelectuales, quienes utilizaron los periódicos y la radio para expresarse.

¿Cuáles eran los argumentos de esos actores sociales para resistir al Gran Proyecto de la Arqueología Boliviana, es decir, el proyecto arqueológico nacionalista?, ¿se trataba de una propuesta de una “élite blanca” homogénea, tal como lo presentan las generalizaciones? Sabemos que los opositores desplegaron una fuerte campaña por varios frentes: ¿cuáles fueron las razones esgrimidas al formular sus planteamientos y qué cuadro proyectan esos imaginarios sociales a través de las representaciones, prejuicios o sentidos comunes?, ¿qué tipo de imágenes duraderas y de prejuicios enraizados es posible identificar?

Es oportuno señalar que las élites letradas paceñas organizadoras del conflicto no establecían el nexo entre los constructores de Tiwanaku y los aymaras que moraban en ese sitio en los años 30. Sería muy injusto –y además erróneo– dejar en ese punto la impresión de que lo hacían porque despreciaban a sus siervos indígenas. Las cosas son más simples: los paceños no establecían relación genealógica directa entre los pobladores aymaras contemporáneos con los habitantes del pasado, es decir, pensaban que los tiwanakutas habían perecido hace mucho tiempo, sin dejar descendencia. Simplemente, desde su perspectiva, la estela-deidad era el símbolo del arcaísmo tiwanakuta que salía a la luz pública para perturbar el modelo de ciudad que los paceños adoptaron en nombre de la modernidad urbana y el progreso. No debemos olvidar que La Paz, entre 1900 y 1930 había duplicado el número de habitantes –de 78.856 a 135.000–, a medida que ingresaba a un proceso de modernización relacionado con la transformación física y expansión de la ciudad, bajo el influjo del Estado y de las élites paceñas que detentaban el poder político y social. Estas se hallaban empeñadas en una modificación de la fisonomía de La

⁶ Esta información proviene del análisis de las fotografías del Archivo Privado de Javier Núñez de Arco.

Paz desde inicios del siglo XX, para lo cual no hesitaron en derruir los vestigios del pasado arquitectural colonial y provocar un conflicto social por la presencia de piezas arqueológicas de la cultura tiwanakuta en su entorno arquitectural.

Sobre este entendido conviene ahondar en el conflicto social y verificar si actuó como un integrador y cohesionador de los paceños. Para demostrarlo, se ofrece una síntesis de las interrogantes y críticas principales planteadas al gobierno en un proceso que pasó de un verdadero escándalo a una cuestión de Estado. Llama la atención la posibilidad misma de reconstruir ese escenario conflictivo e identificar a los actores sociales operando en un marco institucional altamente federado. La sociedad civil estaba en capacidad de plantear líneas y mecanismos de acción (Tabla 3). De ahí la necesidad de presentar un discurso multivocal y, en la medida de lo posible, individualizado.

Los vecinos del Prado. Formularon el rechazo más virulento hacia la cultura tiwanakuta. Ellos consideraban que situar la estela-deidad en el Prado era fracturar abruptamente la estética de La Paz, puesto que suponía romper la supuesta unidad, coherencia y vanguardismo de un espacio moderno. A juzgar por el testimonio de don Julián de la Rovira, quien estaba convencido del incipiente desarrollo cultural tiwanakuta, razón por la cual cuestionaba en estos

términos al Ministro de Instrucción: “¿Cómo es posible colocar ese mamarracho de monolito que no tiene ningún mérito escultural en un paseo de estilo moderno?” (*La República* 1933 n° 2027: 3; énfasis nuestro).

Se habrá advertido que esta interrogación muestra la discrepancia acerca del valor estético de la estela-deidad. Se destaca que la valoración negativa de la estela tiene sus raíces en el deseo de legitimar una representación hegemónica de la belleza, entendida como moderna y europea. Haciendo eco de esta preocupación, la prensa de distintas tendencias políticas encuestó a personalidades y sobre todo a profesionales que aportaron un punto de vista técnico. Sabemos que entre los interrogados y opositores al traslado estuvieron el joyero y coleccionista alemán Fritz Buck (1877-1961), el escritor estadounidense Scoggings y el influyente general de ejército Tejada Encinas. También estuvo en desacuerdo el arquitecto e ingeniero boliviano Julio Mariaca Pando (1890-1936) quien despreciaba la obra de los tiwanakutas porque estaba imbuido de valores estéticos occidentales y era propenso a la estética clásica:

“El monolito no tiene un valor artístico, y es antiestético en su primitividad, ya que el común de las gentes no puede ver el monolito, con los mismos ojos que ve un estudioso y más un entendido en arqueología” (*Última Hora* 1933 n° 1271: 3; énfasis nuestro).

Actor social	Líneas	Mecanismos
Vecinos del Prado	Prevenir la instalación de esculturas “primitivas”	– Destrucción material
Sociedad Unión Obrera Tiwanaku	Oposición al Ministerio de Instrucción.	– Suspensión inmediata de las excavaciones sobre la base de instrumentos jurídicos – Movilización de la opinión pública
Amigos de la Ciudad	Búsqueda de autoridad científica.	– Consulta a los arqueólogos y científicos europeos – Propiciar fortalecimiento de las colecciones del Museo Nacional Tiahuanaco – Erogación de los recursos para continuar la excavación abandonada por los estadounidenses
El Rotary Club	Apoyo al traslado	– Favorecer la creación de una vigilancia para las ruinas
Vecinos de Tiwanaku	Negativa al traslado	– Solicitar pronunciamiento público de los estudiosos
Sociedad Geográfica de La Paz	Negativa al traslado	
Los periodistas	División de opinión	
Los trotskistas	Postergación de la arqueología	– Impedir que los fondos vayan a las ruinas

Tabla 3. Líneas y mecanismos de los distintos actores sociales respecto del traslado de la estela-deidad.

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la documentación de los archivos privados y estatales bolivianos consultados.

Vale la pena aclarar que la minimización del valor de la cultura tiwanakuta no es un discurso exclusivo de los arquitectos, sino también es expresión profunda del pacheño de diversos sectores y no sólo de la “élite blanca” a la cual se la presenta como un todo homogéneo. Así lo prueba el testimonio de un empleado de la administración que opinaba ante varios medios de prensa que lo mejor era acostar a la estela-deidad en el lecho del principal río, el Choqueyapu, para destruirla por efecto de la humedad.

El punto de vista de las instituciones cívico-culturales fue resistente y diverso. En efecto, fustigaron la imposición vertical del traslado aprobado por el gobierno, sin previa notificación y consulta con las instancias de poder municipal e instituciones cívico-culturales que aglutinaban a buena parte de la ciudadanía. Este mandato estructuró a la oposición, compuesta por diversas instituciones que a su vez conformaban la Federación Patriótica de Sociedades Culturales:

La Sociedad Unión Obrera Tiwanaku. A pesar de su reducida convocatoria pública, se atribuía funciones “tutelares” sobre las ruinas. Por esa razón, fue la primera organización que alertó a la más poderosa de las instituciones pacheñas, los Amigos de la Ciudad, acerca del traslado, planteando algunas acciones para frenar el proyecto “antojadizo” del gobierno (AACLP 1932). Desde su punto de vista era necesario mover a la opinión pública en contra del Ministerio de Instrucción con el propósito de conseguir del gobierno la suspensión inmediata de las excavaciones, es decir, que derogara el Decreto Supremo del 19 de mayo de 1932. Asimismo, impugnaban el traslado fundando su posición en las opiniones adversas de los investigadores europeos que visitaron en distintos momentos Tiwanaku (*La República* 1933 n° 2416: 4).

Los Amigos de la Ciudad. Tuvieron la precaución de solicitar mayor información científica. Por un lado, recibieron del gobierno un memorial que fue “ampliamente estudiado y discutido en reuniones” por el propio Posnansky, quien les explicó los móviles científicos del traslado de los monumentos arqueológicos. Por otro lado, una consulta a científicos extranjeros que estaban de paso en la ciudad, la cual estaba destinada a buscar una autoridad

científica que permitiera refutar a Posnansky (*La República* 1933 n° 2417, 23 de abril). Apoyados en esas opiniones tramitaron ante las cámaras legislativas la votación de un fondo de dinero destinado a la verificación de los trabajos de Posnansky. Luego, sugirieron la necesidad de gestionar el retiro de colecciones arqueológicas en manos de particulares a fin de enriquecer el Museo Nacional Tiahuanaco. Finalmente, invocaron la importancia de la realización de nuevas excavaciones en las ruinas (Gallo 1933: 4).

El Rotary Club. Compartía plenamente el criterio de las anteriores instituciones, sin embargo, difería en los mecanismos para la conservación de la estela. Abiertamente sugería la implementación de un sistema de vigilancia para impedir la depredación de Tiwanaku. Tal acción podía realizarse incorporando a los militares jubilados para conformar un cuerpo de seguridad en las ruinas, los cuales impedirían el saqueo del que eran objeto. Sin lugar a dudas, esta iniciativa la tuvo el joyero y coleccionista alemán Fritz Buck (1877-1961) como tesorero de la misma.

Los vecinos de Tiwanaku. Junto con los cabildantes de las comunidades indígenas solidarizaron con las sociedades mencionadas. Y fueron más de 60 individuos quienes solicitaron a las “clases estudiantas” un pronunciamiento público (*La Razón* 1933 n° 3657: 4). Dieciocho días después del pronunciamiento de la gente de Tiwanaku, Posnansky salió en defensa del proyecto. Esta vez, a través de una carta pública dirigida al director de *El Diario*, la cual en sus partes más salientes señalaba:

“En nombre de la cultura y de la civilización, en nombre del culto Tiahuanakota cuyo apóstol soy yo, excomulgo a los habitantes de Tiwanaku por los nefastos crímenes, verdaderos delitos de la civilización, que en el transcurso de 30 años han cometido contra las sagradas ruinas de Tiahuanaku dejando en ellas tan solo escombros y despojos que claman castigo para quienes osaron profanarlas” (Posnansky 1933: 4; énfasis nuestro).

La cita nos muestra el énfasis y la desmesura del “yo” narrador para denunciar que fueron los vecinos de Tiwanaku los que transformaron las ruinas en una “gran cantera de donde explotaron bárbara e impunemente”

la piedra necesaria para sus “burdas viviendas modernas”. Todo cuanto el investigador descubrió fue destruido por la “ignorancia y maldad” de quienes se hallaban en el ineludible deber de cuidarlo y conservarlo para la posteridad (Posnansky 1933: 4). No era la primera denuncia. El señaló repetidas veces que éstos se habían apoderado de las piedras de las ruinas para adoquinar las calles del pueblo y empedrarlo con las piezas labradas del:

“(…) *inescrutable Chucara o Uñay Marka como el kiosco, exhibiendo en su centro una gran mesa de granito sobre pies del mismo material que sirve para las bacanales del vecindario mestizo y también del indio. Allí se bebía el alcohol letal en fiestas místicas ofreciendo espectáculos grotescos e incultos*” (Gallo 1933; *La Razón* 1933 n° 6661, año XXII).

La *Sociedad Geográfica de La Paz*. Organizó una reunión especial en torno al tema del traslado de la estela-deidad. El conjunto de los miembros opinaba que el traslado tenía un “mero afán decorativo”, lo cual no justificaba “arrancar” las esculturas de su escenario artístico y científico. Además se presumía, curiosamente, que las “lluvias y vientos”, el congelamiento y el deshielo afectarían la pieza de “arenisca deleznable”, aunque los estudios modernos han señalado que esos fenómenos no producen patrones de agrietamiento como los que tiene la estela-deidad, no obstante, que debieron influir cuando estaba en el lugar original.

Lo curioso es que los miembros de esta institución introducen un nuevo elemento de discusión que agravaba aún más el conflicto. Ellos afirmaban taxativamente que la estela no fue “descubierta” inicialmente por Bennett, sino más bien por George Courty, miembro de la misión francesa de Créqui Montfort en 1903. De ese modo, planteaban un serio debate de ética científica, el cual no ha merecido mayor análisis hasta el presente, procediéndose a negarlo sin discusión. Es decir, invalidando taxativamente tal acto que estaría destinado a menguar el hallazgo de Bennett (*La República* 1933 n° 2416). Los argumentos esgrimidos conducen a plantear varias interrogantes: ¿Cuáles fueron los móviles exactos que impulsaban a esta institución tan prestigiosa a desmerecer a Bennett en esos términos o acaso fue un rumor tramado por Posnansky para disminuir la importancia del hallazgo

de Bennett?, ¿significaba quizá que los miembros de la Sociedad Geográfica de La Paz tergiversaron la verdad intencionalmente? Si esto es así, ¿por qué fue corroborado por otros testigos contemporáneos que no pertenecían a esa institución?

A primera vista, las afirmaciones públicas de la Sociedad Geográfica no eran aisladas. El Director de la Oficina de Estadística Municipal, el historiador Luis Segundo Crespo (1868-1938), era aún más explícito: fue Courty quien informó a la Sociedad acerca de sus descubrimientos; particularmente de la localización de la base de la estela (Crespo 1933). Inmediatamente se conformó una comisión compuesta por estudiosos bolivianos: el erudito Manuel Vicente Ballivián (1848-1921), el abogado Francisco Iraizos (1857-1930) y el historiador y aymarista José María Camacho (1865-1891). Ellos efectuaron una evaluación en el terreno y resolvieron enterrar nuevamente la estela-deidad, lo mismo que una galería subterránea. El testimonio de estos testigos oculares fue validado por la presencia de otras personas que dieron fe de los descubrimientos: el cura de Tiwanaku, José Monje Coello; el corregidor Ascencio Morales y el coronel Tiburcio Ríos, entre otros vecinos del lugar. La Sociedad Geográfica de La Paz supuestamente tenía en sus archivos el original de dicha acta, no obstante, la verificación documental es compleja e insegura, pues la biblioteca y el archivo sufrieron importantísimas pérdidas. Se anota simplemente que ya en 1926 —es decir, siete años antes de la denuncia— no existían inventarios de la biblioteca y la situación era francamente “decepcionante” porque los libros raros y lujosos desaparecieron y con mayor razón los documentos (ALP 1942). En todo caso, no se puede negar el testimonio de los contemporáneos, aunque muchos piensan que fue Posnansky quien fraguó esa maquinación. Desde el punto de vista de la investigación, pronunciarse al respecto es altamente riesgoso, simplemente lo que trasciende de sus publicaciones es la minimización de los trabajos de su colega Bennett, a quien califica del desenterrador de la parte delantera la estela-deidad, pero en ningún momento de su descubridor.

La prensa. Adherente a diferentes corrientes políticas, produjo numerosos escritos, editoriales y artículos, en los cuales vertieron advertencias y juicios de valor

sobre el “Gran Proyecto de la Arqueología Boliviana”. Posnansky lo sabía porque casi diariamente se enfrentaba a recriminaciones de los columnistas, quienes lograron estructurar una visión bipolar: a favor o en contra. Ellos sostuvieron la idea de que el gobierno y los intelectuales comprometidos con el traslado eran los principales depredadores de las ruinas. Posnansky despreciaba a sus detractores y los consideraba “ratones del periodismo” que se aferraban por cualquier medio a las redacciones de los periódicos locales a fin de verter “anónimamente su ponzoña”. Aun así, nunca dejó de combatirlos.

El trotskismo. Enfrentó al gobierno con diversos sectores de opinión que compartían el sentimiento de un extemporáneo interés arqueológico: “No es el momento para ocuparse de monolitos ni de decorar parques futuros cuando la juventud de Bolivia está derramando gloriosamente su sangre en defensa de la patria” (*La República* 1933 n° 2417, 22 de julio). Este argumento calaba hondo en la opinión pública porque fue planteado cuando los bolivianos estaban hundidos en una difícil situación económica por causa de la Guerra del Chaco que estaba en pleno desarrollo. Además, los diferentes frentes de izquierda, particularmente trotskistas, habían logrado estructurar desde las masas obreras y campesinas hasta los maestros rurales, una fuerte oposición al gobierno. La opinión pública, entonces, asoció el recorte presupuestario y pago de salarios como un desvío de fondos para la arqueología. Sus especulaciones los habrían llevado a sostener la transferencia del presupuesto de la defensa nacional a fin de consagrarlo a la conservación de la estela-deidad durante la primera etapa de la Guerra del Chaco (junio a diciembre de 1932) (*La República* 1933 n° 2417, 22 de julio). Lo cierto es que se produjeron drásticas reducciones en los gastos fiscales, principalmente en los sectores de educación, en la administración de justicia y en la burocracia del Poder Ejecutivo, mediante reducciones de personal y de haberes. Aunque los gastos se redujeron en 41% entre 1929 y 1939, la natural inflexibilidad de los gastos hacia la baja no permitió mayores economías (Morales y Pacheco 1999: 164-165).

En suma, La Paz fue el sitio y la meta ideal para la conservación de la estela-deidad. Asimismo, se verifica en el

discurso un marcado desprecio por la cultura tiwanakuta expresado a través de una multiplicidad de voces de los paceños urbanos y pueblerinos locales. Se constata también que el gobierno de Salamanca tuvo el coraje de adherirse —a riesgo de generar malestar en las élites paceñas— a un proyecto de revalorización del patrimonio arqueológico de corte nacionalista. Deberá interrogarse entonces sobre cómo el gesto de adhesión se inscribe e reinscribe a la estela-deidad en la configuración de los espacios del recorrido que debía realizar para llegar a la ciudad de La Paz. ¿De qué manera el traslado se convirtió en una cuestión de Estado?, ¿por qué esa insistencia lírica en contra del proyecto de reubicación de la estela-deidad? Se analizará en detalle la dinámica del proyecto de salvamento y sus repercusiones.

❖ SALVAGUARDANDO EL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO DESDE EL GOBIERNO

El gobierno, por intermedio del Ministerio de Instrucción, frenó transitoriamente los ataques de la oposición explicando el problema públicamente (*La Razón* 1933 n° 6661, año VII; *La República* 1933 n° 2420). Esta autoridad consideró necesario responder a cada una de las instituciones y más bien eligió dirigirse, por carta pública, a los poderosos Amigos de la Ciudad. Tal elección no era fortuita, recuérdese que ellos tenían mucho poder porque colaboraban con el municipio en el abastecimiento de alimentos a la población y participaban activamente en la difusión de propaganda sobre el Chaco (escritos e intervenciones radiales entre otros) (*La República* 1933 n° 2200).

Una carta del 27 de abril de 1933 señalaba enfáticamente que el gobierno estaba decidido a efectuar una operación técnica de resguardo y conservación de la gigantesca escultura. Justificaba tal acción en el hecho de que:

“(…) ídolos monolíticos y millares de bloques primorosamente labrados habían sido destruidos y destinados a construir diversas obras, templos de sarcófagos, habitaciones subterráneas con hermosas escalinatas en colores que estaban sirviendo para burdas construcciones ajenas al interés científico” (*La Razón* 1933 n° 6661, año XXII).

Se verificaron acciones intermitentes de hurto, destrucción y “barbarie” en Tiwanaku: habían sido llevadas a cabo ante la pasividad de las autoridades del Estado que fueron espectadores y, en muchos casos, partícipes. El gobierno consideraba a Tiwanaku como un “montón informe de despojos por las destrucciones y saqueos de los monumentos y piedras monolíticas” por la ignorancia y pillaje de la población aldeaña a los monumentos, sin admitir que también intervinieron los paceños urbanos, tal como lo difundió en la prensa de la época. El examen anterior permitía afirmar que Tiwanaku había dejado de constituir un centro turístico como lo fue en el siglo XIX. Por ello, estos antecedentes justificaban plenamente el traslado y salvaguarda de la estela-deidad como un “elemento de positiva cultura e investigación científica para la gran población que la guardaría y admiraría en su seno”. De esa manera categórica se despejaba la idea de que el proyecto tenía fines estrictamente ornamentales.

Los planteamientos de esta carta coincidieron con la opinión de don Franz Tamayo (1879-1956) –significativo político y literato modernista boliviano, próximo al movimiento romántico–, quien se reveló como el más ferviente defensor del salvamento de “reliquias arqueológicas” de Tiwanaku. Siguiendo su propio pensamiento, él consideraba que cuatro factores disminuyeron su grandeza: las fuerzas naturales, la rapacidad de los inescrupulosos, el “fanatismo de los indígenas” ávidos de piedrecillas milenarias y el “salvaje oscurantismo de los ignorantes” que practicaban tiro al blanco en las ruinas para convertir ese incomprensible legado en pedazos y polvo, refiriéndose indirectamente a los militares bolivianos (Loza 2004).

Tamayo compartía la idea del proyecto utópico y visionario de trasladar la estela-deidad a la ciudad para contemplación de los paceños, a quienes consideraba, de manera imprecisa y metafórica, como “(...) un grupo étnico colgado de las nubes como un nido de cóndores y que evoluciona secularmente” (Tamayo 1942: 52). En ese sentido, ese estado evolutivo era propicio para una pedagogía en los mestizos, quienes tenían una inteligencia que no era suficientemente desarrollada, infantil e inmadura, razón por la cual irían aceptando la grandeza de la cultura tiwanakuta a través de la paulatina

contemplación que terminaría por conducirlos a su propio engrandecimiento. Este proceso necesitaba de una intensa educación, única garantía para la conservación y salvaguarda de la cultura tiwanakuta en medio urbano (García Pabón 2007 [1998]).

“Por mucho que las grandes estatuas trasladadas a la ciudad queden siempre expuestas a la intemperie, el solo hecho de hacerlas convivir con nosotros, por así decirlo, les da garantía de mejor conservación y durabilidad” (Tamayo 1933: 7).

Tamayo recordó que la estela-deidad corría riesgo de ser robada, mutilada o despedazada si permanecía en Tiwanaku. Ese argumento no era nuevo y los paceños lo sabían porque fueron cómplices durante siglos de la destrucción. Recuérdese que no había vivienda en la localidad que no enseñe algún dintel, un plinto u otra piedra del sitio, situación que permanece inalterable hasta el presente. Los valiosos monolitos con representaciones antropomorfas sirvieron para la construcción de puentes del Ferrocarril Guaqui-La Paz. De hecho, en un recinto especial, llamado el “kiosco” de Tiwanaku, varios monolitos yacían en el más absoluto olvido, tendidos en los pisos, fracturados y deteriorados (Posnansky 1912: 22-23; Loza 2004).

La propuesta de Tamayo estaba animada por un interés de cambio en la mirada del paceño: no dirigir más la vista para identificar la fealdad de las esculturas de piedra, sino más bien para colocarse al frente, complacerse con ello y tener algo de estima a esa cultura que era de “todos” los bolivianos. Tamayo trató de frenar naturalmente el debate acerca del traslado de la estela-deidad, utilizando su autoridad intelectual y, por eso mismo, apoyando el traslado y justificándolo. Al mismo tiempo, al adherirse a ese proyecto evidenció su fidelidad al Presidente Salamanca, con quien tenía un nutrido intercambio de conocimiento sobre la literatura griega y otros temas culturales (Diez de Medina 1944: 263-265).

Este episodio aporta manifiestamente que, detrás del meollo de la operación de traslado, existía una red de individuos conectados con el gobierno, sin que necesariamente compartan el salamanquismo como ideología política. En efecto, la configuración distingue cuatro personajes

conectados entre sí, donde los lazos más fuertes eran los que unían a Salamanca con Tamayo y la relación del Presidente con su Ministro de Instrucción. Posnansky, que era un simpatizante “saavedrista”, no dudó en esta ocasión aliarse a los salamanquistas. Se nota claramente que este último influyó en Rodas Eguino a fin de llevar a cabo el traslado, pues Posnansky sabía que Salamanca visitaba con frecuencia las ruinas de Tiwanaku.

❖ RESISTIENDO EL INGRESO DE UNA “FIERA DE PIEDRA” A LA PAZ

En vista de que la oposición no logró trancar el proyecto del Estado, una carta pública, aparecida en diferentes medios de prensa, intentó clausurar el debate. Y así fue: se transportó la estela desde Tiwanaku a La Paz con toda solemnidad, boato y ceremonial. El gobierno, en cierto sentido, aprovechó la efeméride paceña (que caía en fin de semana) a fin de concretar el ingreso a la ciudad.

El 16 de julio, el gobierno invitó a importantes personajes que indirectamente servirían de testigos presenciales del embarque de la pieza. Por supuesto que el gobierno tenía mucho interés en ese acto público, porque los asistentes, a su manera, legitimaban el traslado. De ahí que pusieron a disposición un tren especialmente acondicionado para la ocasión. Convendría añadir que estuvo presente el nuncio apostólico acreditado en La Paz y el cuerpo diplomático, a excepción de los embajadores de Perú, Argentina y Chile —ellos observaban con precaución el desarrollo del conflicto con Paraguay y el curso de la política interna boliviana, razón por la cual se excusaron de asistir (*El Diario* 1933 n° 9334).

El acontecimiento más relevante fue el ingreso pomposo a la ciudad de La Paz que concitó la atención de muchos paceños deseosos de observarla en su lento y cadencioso paso por las estrechas y empinadas callejuelas de la sede de gobierno. Entre los presentes, unos creían que la estela tenía vida y, por eso mismo, la injuriaban airadamente, a decir de un testigo presencial, el historiador boliviano Luis Severo Crespo (1872-1959) (Dorado Chopitea 1933). Otros opinaban que de no haber ido

bien escoltada, se presume que hubiese sido difícil librarla de los malos tratos del vecindario. Y nada detenía a los paceños agresivos y decididos a herirla. Nada, ni siquiera un percance que tuvo en la esquina de las calles Potosí y Socabaya, cuando el carro que la conducía tuvo un grave contratiempo para vencer la curva cerrada de la esquina. La escolta se movilizó a fin de salvar ese escollo y proteger ese cuerpo delicado de arenisca arcosa. Por esa razón, ellos disminuyeron el paso hasta producir el cambio de tranvía de la Avenida 16 de Julio, transporte que la conduciría a su destino final.

Apesar de todo, desde el 16 hasta el 18 de julio permaneció encima de una plataforma de tranvía porque en ese emplazamiento se producía el cambio de la línea de tranvía. Empero, no pudieron dejarla sola y abandonada por el temor a nuevas agresiones, razón por la cual pasó a ser vigilada por carabineros armados a la espera de un lugar definitivo de emplazamiento. El 19 de julio se iniciaron trabajos para retirarla de la plataforma, produciéndose los primeros destrozos en algunos postes de electricidad. Este accidente será pretexto para desarrollar una fuerte oposición municipal a la estela-deidad.

❖ BOICOTEANDO ILEGALMENTE DESDE EL MUNICIPIO

La oposición municipal logró enfrentarse decidida e implacablemente con el gobierno. La desavenencia provenía de una percepción distinta acerca de la identificación de la institución responsable de determinar la ubicación de la estela-deidad. Empero, desde el punto de vista de la investigación, el fondo no era más que un pretexto a fin de evitar que la pieza quedara en La Paz. Las interrogantes pueden ser resumidas en los siguientes términos: ¿La competencia de definir el sitio definitivo de su emplazamiento correspondía al Municipio de La Paz, jurisdicción en la cual habían decidido colocarla; a la Comisión de Bellas Artes, Arqueología e Historia, encargada del resguardo de los valores artísticos e históricos; al Ministerio de Instrucción o al Consejo Municipal? En las siguientes líneas se tratará de resolver esta interrogante; empero, antes es necesario conocer los argumentos de cada uno de los implicados en el conflicto.

El Consejo sostenía que el gobierno atentaba contra la autonomía y las atribuciones de la comuna paceña al querer situar la estela en la Avenida 16 de Julio. Ese fue el inicio de una dura batalla con repercusiones en el interior de la República dejando de ser una tensión paceña. La población y las instituciones orureñas solicitaron el envío de la estela a la ciudad, mientras se dilucidaba el problema entre el Ministerio de Instrucción y el Consejo de La Paz. La inesperada reacción orureña, calificada de “luminosa y pacifista”, obligó a la búsqueda de una solución entre el gobierno y la Municipalidad. Ambos comprendieron que el traslado era un “hecho consumado”, por esa razón conformaron una comisión técnica a fin de decidir sobre el emplazamiento exacto de la estela-deidad en la ciudad (*La Razón* 1933 n° 3731; *La República* 1933 n° 3731).

En ese andar, viró la situación pasándose de un enfrentamiento por prensa a la lucha jurídica. Como era de esperar, el manejo de la escultura de piedra de 20 toneladas causó destrozos en el pavimento. A pesar de ello, siguieron los trabajos a fin de levantar murallas de adobes y construir una plataforma que sostuvieron la pieza provisionalmente. El intendente municipal, en un acto irreflexivo, trató de impedir que algunos árboles fueran derruidos sin poder conseguirlo. Así, el 24 de julio se dio un intento de enfrentamiento entre carabineros y miembros de la Policía Urbana con el objetivo de “ajustar cuentas”. La escena fue calificada por la prensa como digna de una “grave contienda internacional”. Esta calificación era totalmente válida si se piensa que gran parte de la población paceña veía a la cultura tiwanakuta como ajena a su pasado y nunca la asumió como propia.

La reacción de la Municipalidad fue inmediata. Un munícipe –Estanislao Zuazo– responsabilizó a la compañía de Ivica Krsul por violar las normas de “toda construcción de las vías y paseos públicos” y ordenó el arresto del técnico.⁷ La empresa estuvo sometida al pago de una multa por cada infracción (50 bolivianos). Resulta interesante observar que las detenciones ocasionaron una reacción inmediata del gobierno, abogada por el Oficial Mayor de

Instrucción que logró transar con la Policía Municipal hasta la liberación del detenido. A costa de las acciones atentatorias contra la integridad de los miembros de la compañía Ivica Krsul, la estela-deidad *Pachamama* logró ser instalada.

La detención exacerbó a los paceños obligando al gobierno al ejercicio de su autoridad más absoluta para que impusiera obediencia al vecindario. Para ello organizó una “guardia de honor de soldados de línea”.⁸ Ellos estaban encargados de vigilar la estela-deidad, pero también de encuadrar los gestos y conducta de los paceños. Los siguientes días, las medidas de seguridad fueron reforzadas, principalmente el 18 de julio, cuando se dieron tremendas reacciones y una gran manifestación pública de apoyo al gobierno de Salamanca, quien había ordenado la toma de fortines paraguayos (Toledo, Corrales y Boquerón), como anuncio de lo que sería la Guerra del Chaco. El 19 de julio, en una gran manifestación pública de apoyo al gobierno, Salamanca pronunció un violento discurso pidiendo sacrificio de sangre de la nación en estos términos: “Si una nación no reaccionara al sentir lastimada su dignidad, no merecería ser nación. Y si el gobierno de esa nación no supiera cumplir su deber tampoco merecería ser gobierno” (*La República* 1933 n° 2402).

El discurso de Salamanca caló hondo en las masas enardecidas. La reacción popular generó preocupación y se temían desbordes en el paseo El Prado donde había sido colocada la estela-deidad, razón por la cual se ordenó vigilar en torno suyo. No se sabe cuánto tiempo la tuvieron bajo vigilancia, sólo se sabe que siguió incomodando a los paceños. De hecho, 21 meses después todavía se continuaba vislumbrando su retorno a su lugar de origen. El ministro Juan Manuel Sainz declaró que el gobierno no invertiría más dinero en los trabajos de instalación, pues se habían gastado 17.000 bolivianos, es decir, 11.7% más del presupuesto previsto inicialmente (*La Razón* 1934 s/n°).

⁷ Jurídicamente se referían en primer lugar a la ordenanza del 2 de junio de 1933, luego al artículo del 22 de la Ley Orgánica de Municipalidades (“A propósito del monolito Bennett...”: *La República* 1933 n° 2493).

⁸ Se sabe que muchos de los guardias eran varones evacuados del frente de batalla con Paraguay, sea por razones de enfermedad o porque presentaban heridas no curadas totalmente (*La República* 1933 n° 2492).

En febrero de 1934, la estela-deidad estaba erguida en El Prado. A pesar de ello, su zócalo y entorno era deficiente porque no existía voluntad para mejorarlo, pues a decir del presidente del Consejo Municipal, el conservador Juan María Zalles, el monolito y su emplazamiento eran un “solemne adfesio”, por eso mismo, un “pedrusco”. Zalles se expresaba en esos términos no sólo porque estaba convencido de ello, sino también porque era un enemigo personal de Salamanca y de sus allegados (*La República* 1933 n° 2402). Además, porque sabía perfectamente que el gobierno boliviano había perdido su elasticidad institucional para administrar el conflicto bélico y estaba socavado el poder político del Estado.

❖ CONCLUSIÓN

De este modo y finalmente, como bien lo han identificado los historiadores, en la ciudad de La Paz están representados en los monumentos los héroes que forjaron la Nueva República; sin embargo, como se demuestra en este texto se intentó incorporar al mismo nivel de los héroes las piezas arqueológicas. Con esto, en este caso se plantea que en los años 30 los monumentos arqueológicos jugaron el rol de instrumentos de vinculación de los valores históricos en el espacio urbano paceño, lo que significa que es exagerado afirmar que el Estado se interesó exclusivamente en manejar y desplazar símbolos republicanos –representaciones ecuestres, bustos y símbolos alegóricos– como afirman algunos autores (Yujra Roque 2004).

Podemos afirmar que se intentó utilizar los monumentos arqueológicos para que desempeñen una función hegemónica y, por ende, sean emblemas aglutinadores de la nación para beneplácito de algunos miembros de las élites letradas, afanados en entroncar a los bolivianos con un remoto pasado tiwanakuta. Esto significa que no existieron esas “élites blancas” empeñadas unánimemente en ese proyecto como lo sugiere Scarborough (2008). Una porción de los miembros de la élite letrada (que no necesariamente era “blanca”) fracasó en entroncar a los bolivianos con la estela-deidad y los monolitos con los que las poblaciones no establecían un lazo histórico. La memoria histórica había sido

irremediablemente trastocada por el colonialismo y la modernidad.

Durante los años 30, el trabajo arqueológico realizado por Bennett en Tiwanaku no sólo tuvo un impacto a nivel arqueológico pasando por lo sociopolítico, sino que también trazó interrogantes a nivel simbólico al conjunto de los bolivianos. Se probó que Bennett reveló una gigantesca estela-deidad y, sin quererlo, su legado más duradero fue plantearles a los bolivianos el difícil problema –no resuelto hasta el presente– del valor como signo/símbolo de la estela-deidad y, por ende, de Tiwanaku en su conjunto. Esta cuestión resurgió esporádicamente en el imaginario de los bolivianos, adquiriendo contornos dramáticos en algunos momentos, sin perder su actualidad (Figura 2).

El manejo político de la evidencia arqueológica de la cultura Tiwanaku anunciaba el inicio de un ciclo de politización nacionalista de esta civilización cuyos vestigios de más de 1500 años de ocupación humana han permitido construir toda un aura de misticismo en torno a este espectacular sitio arqueológico. La tendencia a manipular las expresiones materiales tiwanakutas tuvo como momento de apogeo la década de los 50, cuando una parte de los arqueólogos y estudiosos criollo-mestizos emplearon toda la simbología y las propias ruinas al servicio del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). Pero, como lo probamos extensamente, fue en los años 30 que toma forma el nacionalismo arqueológico en Bolivia, a diferencia de lo sostenido hasta el presente. Empero, debemos aclarar que desde los años 50 se inició una suerte de silenciamiento acerca de lo acontecido en la arqueología boliviana con anterioridad. El propósito, sin lugar a dudas, era político a fin de dejar por sentado que el momento fundador se iniciaba con la revolución nacionalista del MNR.

La política de excavación y traslado de la estela-deidad se enmarcaba en el embrionario Gran Proyecto para el Resguardo de la Arqueología Boliviana planeado y elaborado por Posnansky, pero públicamente asumido por los representantes del Estado como propio. Esto en virtud de que Posnansky no concebía ni aceptaba que otros tuviesen derecho a intervenir en los asuntos

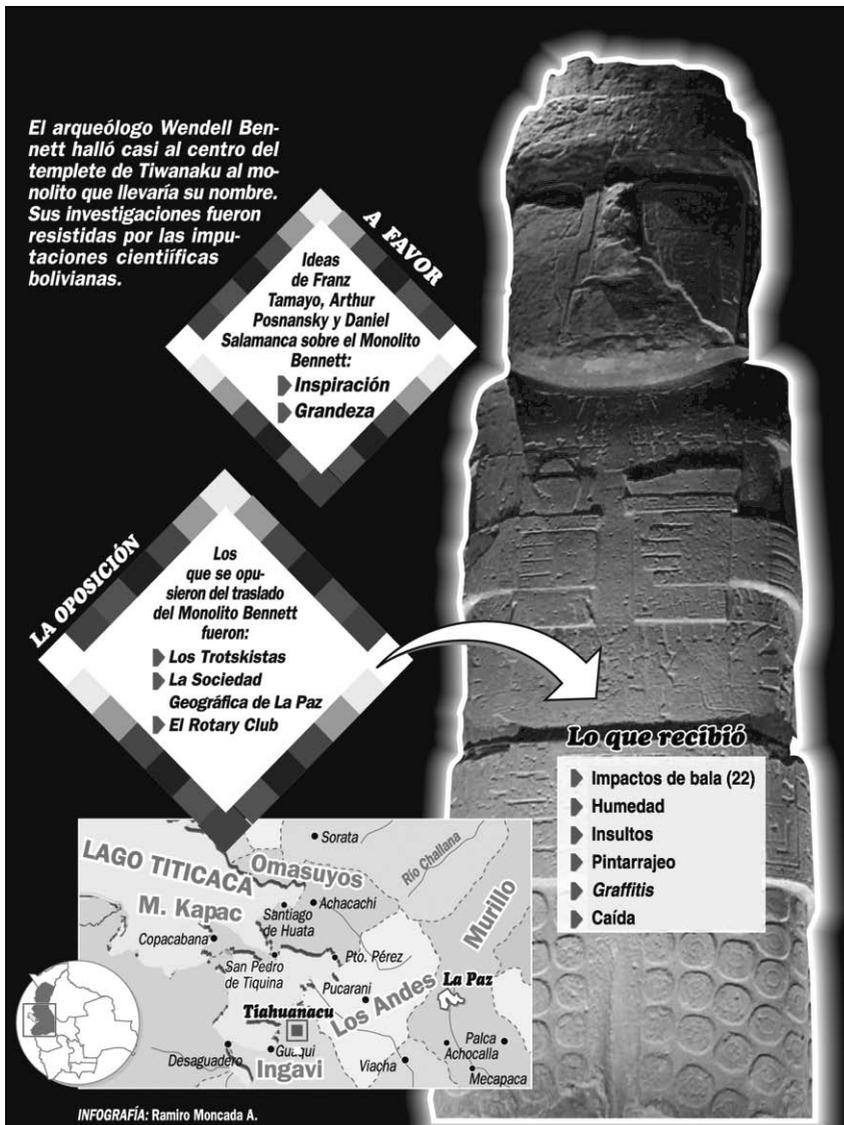


Figura 2. Diagrama de los acontecimientos de los que formó parte el monumento arqueológico “Monolito Bennett”.

arqueológicos de su exclusivo dominio, por esa razón, su proyecto –amparado en alianzas coyunturales con miembros del gobierno de turno– aspiraba a su propio engrandecimiento. Se subraya la importante imagen de Posnansky debía corresponder con la magnificencia de las ruinas de Tiwanaku porque existía una fusión entre ambos. Y en realidad, esta tradición se afincó en los estudiosos bolivianos y sucesivos administradores oficiales de la cultura, quienes se esforzaron por construir su prestigio estudiando e interviniendo las ruinas como un medio de alcanzar visibilidad social y política.

Así y todo, el gobierno no tuvo presente esos rasgos del imaginario al plantear el “Gran Proyecto de la Arqueología Boliviana” de los años 30 que perseguía manipular e insertar en una dinámica política las esculturas tiwanakutas con propósitos nacionalistas, lo que significa que no fue en los años 50 que estas prácticas fueron exclusivamente desarrolladas, sino que existían anteriormente. Así, el gobierno de Salamanca maniobra el descubrimiento de la estela-deidad, bajo el impulso de Posnansky, para capitalizar el descubrimiento. Era la ocasión perfecta para revertir la situación de malestar creada por la autorización

a los estadounidenses, por esa razón se vislumbró una apropiación de la pieza emblemática de ese trabajo científico para utilizarla con fines políticos nacionalistas. Desde esta perspectiva, el gobierno intentó utilizar el espacio urbano paceño para que converjan dos tendencias y principios. Por un lado, la exaltación del valor cívico-patriótico y, por otro, el enaltecimiento del nacionalismo sustentado en las raíces tiwanakutas.

Para los paceños era inaceptable que la nación se construyese sobre los símbolos arcaicos de una cultura extinguida. Hay que decirlo claramente, por lo menos desde principios de siglo (si no mucho antes) los paceños con “visión de futuro” se dieron a la tarea de despedazar, balear y convertir en bloques o polvo a todas las piedras con el objetivo de edificar una ciudad moderna. Recuérdese que los monumentos tiwanakutas fueron baleados por el ejército boliviano hasta que Max Uhle logró detener esas prácticas solicitando al gobierno la protección de los mismos en 1894 (Loza 2004). La sociedad civil festejaba esos actos destructivos en nombre del progreso y la nación boliviana.

Empero, es necesario distinguir niveles o fases en ese proceso de instrumentación de la arqueología de los años 30 porque existe una imbricación entre ellas.

La primera fase se caracteriza por la utilización de las ruinas de Tiwanaku como objeto de intercambio ante la amenaza de un conflicto de política exterior. En efecto, la autorización a los estadounidenses puede ser interpretada como fruto de una negociación diplomática que permite y facilita la primera excavación en ese sitio, con la esperanza de lograr el apoyo político de los Estados Unidos durante el conflicto con Paraguay por el territorio del Chaco, autorización que fue comentada por amplios sectores de la élite letrada como un acto de pérdida de soberanía. No obstante, ésta no fue la única acción del gobierno de Salamanca.

La segunda fase se define como un intento de manipular la cultura tiwanakuta para fines de política interna nacionalista. En efecto, la intención del Presidente Salamanca fue distraer a la población con el proyecto de salvamento arqueológico de la gigantesca estela ante la profunda

depresión económica y social por la que atravesaba el país en el primer período de la Guerra del Chaco. Sin embargo, no contó con la fuerte oposición de la sociedad civil que amalgamó sus intenciones antigubernamentales y el profundo desprecio por la cultura tiwanakuta para atacar la política estatal.

Del recuento sobre el quehacer de la sociedad civil en el conflicto sobre la política arqueológica con el Estado se colige que logró avances de alguna significación en el empeño de frenar la instalación de reliquias tiwanakutas en La Paz y de afinar la idea de propender a la modernidad europea, pero se infiere también que esos avances han sido dispares y en general limitados. Esto vale para los tres niveles que conceptualmente cabe distinguir:

- 1) El nivel de organización de los activistas que inicialmente los encabeza la Sociedad Unión Obrera Tiwanaku, pero que relega su rol en virtud a su reducida capacidad de convocatoria, delegando funciones a los poderosos Amigos de la Ciudad, quienes tenían toda la capacidad y los medios para influir en las políticas públicas por su importante rol federativo en momentos en que se vivía la Guerra del Chaco.
- 2) El nivel de difusión y sensibilización de los paceños a la cabeza de los vecinos de El Prado que logran encontrar adeptos, particularmente a los miembros del Municipio, los cuales se convierten en sus grandes colaboradores para dificultar la instalación de la estela-deidad.
- 3) El nivel de incidencia sobre políticas públicas es reducido a pesar de las propuestas de la Sociedad Geográfica y del Rotary Club que buscan acciones más duraderas en provecho de la arqueología.

Las reacciones colectivas durante el ingreso de la “fiera de piedra” a La Paz dan fe del éxito que tuvo en la sociedad civil la difusión del mensaje al gran público del desvío de fondos para fines arqueológicos. En ese sentido, la minuciosa y eficaz campaña de descrédito de la política arqueológica del Estado, alentada por la izquierda boliviana, particularmente el trotskismo en amplios sectores de la población, tuvo un eco sin

precedentes en los paceños, cuyos familiares estaban en el frente de guerra, razón por la cual juzgaban vano preocuparse por las reliquias tiwanakutas. El gobierno midió la eficacia de la campaña de descrédito y rápidamente instaló medidas de seguridad por temor a la perpetración de actos vandálicos en contra de la estela en la ciudad.

Los atentados contra la cultura tiwanakuta fueron reprobados por algunos letrados paceños, deseosos de concluir con los delitos trasladando las piezas más resaltantes a La Paz. Ese proyecto se materializó en los años 30, pero la estela-deidad corrió la misma suerte en esa ciudad, según diversos informes de expertos bolivianos y extranjeros. Así, la estela-deidad recibió 22 impactos de bala (de diferente calibre) durante las revueltas sociales, además de ocho tiros en la frente. No contentos con ello, en 1979 la escultura sirvió como soporte de *graffiti* para propaganda política y la inscripción de los nombres de dos parejas de vándalos que la pintarrajearon el 2 de diciembre de 2001. A pesar de las pocas huellas que puedan quedar de estas acciones depredadoras en la estela-deidad, otros monolitos tienen grabado el signo de la cruz como marca duradera de la dominación religiosa católica y la colonización española.

Las huellas de esas agresiones por más indelebles que se presenten revelan que en ciertos sectores paceños siempre existió el deseo de alejar a la estela-deidad de La Paz y, con ella, a todas las reliquias tiwanakutas. Ese sentimiento permeó los años, materializándose ese deseo el 16 de marzo de 2002, cuando el gobierno facilitó su regreso a Tiwanaku, después de 70 años de estar errante y expuesta a todo tipo de agresiones.

Desde entonces, la estela-deidad ha dejado de inspirar a la simbología nacional, tal como lo demuestran las propuestas de la actual Asamblea Constituyente. Ahora, yace solitaria en un moderno espacio cubierto y se confía en que nadie más se abrogará el derecho de hierirla o convertirla irremediamente en polvo. Entre tanto, sucesivas réplicas de la estela-deidad la reemplazan en La Paz, las cuales, a su manera, testimonian su enraizamiento en la ciudad.

Agradecimientos Este texto, en su forma inicial, se nutrió de las reflexiones provenientes de la discusión suscitada en el seminario *The naturalization of the past: Nation-building and the development of anthropology and natural history in the Americas* (20-26 de mayo de 2002), *Amerind Foundation*, Arizona. Agradezco a los evaluadores anónimos por las críticas y sugerencias para la publicación de este artículo. El apoyo amistoso y comprometido de Dante Angelo, Lucy Aramayo, Jaime Chambi e Irina Podgorny fue enriquecedor, al igual que el trabajo infográfico de Ramiro Moncada. Mi reconocimiento para el coleccionista Javier Núñez de Arco por sugerirme estudiar este importante proceso a partir de su archivo fotográfico. La orientación de los bibliotecarios y archiveros ha sido una gran ayuda en la Biblioteca Municipal de La Paz, Biblioteca Central de la Universidad Mayor de San Andrés, Biblioteca y Archivo Histórico del Honorable Congreso Nacional de Bolivia, Biblioteca Municipal de la Alcaldía de Oruro, Biblioteca de la Unidad de Arqueología de La Paz, Ibero-Amerikanisches Institut de Berlín, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la República de Bolivia y Archivo de los Amigos de La Ciudad de La Paz y Archivo de Conservación del Viceministerio de Cultura de La Paz.

❖ REFERENCIAS CITADAS

Documentos

Archivo de los Amigos de la Ciudad La Paz (AACLP): Correspondencia recibida: Propaganda de la “Excursión de turismo a Tiwanaku”, s.f.; De Ladislao R. Espinoza y Braulio Ríos a los Amigos de la Ciudad, La Paz, s/d., junio de 1932; De María Luisa Sánchez Bustamante a los Amigos de la Ciudad, La Paz, 26 de junio de 1933.

Archivo de La Paz (ALP): Sociedad Geográfica de La Paz Caja 8, 1908-1941. Del Profesor Ingeniero Arthur Posnansky, Presidente de la Sociedad Geográfica de La Paz, al Excelentísimo Señor Licenciado Don Alfonso Cauriotto, La Paz, 29 de julio de 1942.

Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, La Paz (AMRE): Correspondencia recibida 1932-1933.

Archivo privado de Javier Núñez de Arco, La Paz (APJNA): Fotografías de Arthur Posnansky 1932-1933.

Publicaciones

ALBARRACÍN JORDÁN, J., 1996. *Tiwanaku: Arqueología regional y dinámica segmentaria*. Plural Editores, La Paz.

ARZE AGUIRRE, R., 1999. Notas para una historia del siglo XX en Bolivia. En *Bolivia en el siglo XX: La formación de la Bolivia contemporánea*, F. Campero Prudencio (Ed.), pp. 47-88. Harvard Club de Bolivia, La Paz.

BANDELIER, F., 1910. *The islands of Titicaca and Koati*. Hispanic Society of America, Nueva York.

BENNETT, W., 1956 (1933). *Excavaciones en Tiahuanaco*. Biblioteca Paceña, La Paz.

BROWMAN, D. L., 1978. Toward the development of the Tiahuanaco (Tiwanaku) State. En *Advances in Andean archaeology*, D. Browman (Ed.), pp. 327-349. Mouton, The Hague y París.

CRESPO, L. S., 1933. El Monolito Gigante no fue descubierto por Bennett, sino por el sabio francés G. Courty. La Sociedad Geográfica testimonio del notable descubrimiento. *El Diario* año XXX, n° 9334, 2 de julio, La Paz.

DIEZ DE MEDINA, F., 1944. Franz Tamayo. *Hechizero del Ande*. Editorial Puerta del Sol, La Paz.

DORADO CHOPITEA, C., 1933. El despertar del ídolo. *El Diario* año XXIX, n° 2027, 5 de julio, La Paz.

El DIARIO, 1932. La Misión Arqueológica Americana efectuará sondajes en Tiwanaku. Pedirá para ese fin autorización especial del Gobierno. Año XXIX, n° 8942, 5 de abril, La Paz.

____ 1933. (Sin título). Año XXVIII, n° 8994, jueves 2 de junio, La Paz.

____ 1933. Paseo del cuerpo diplomático. Año XXX, n° 9334, martes 2 de julio, La Paz.

____ 1933. Tiene trascendental importancia el descubrimiento arqueológico recientemente realizado por la “comisión” Bennett en Tiwanaku. Año XXIX, n° 9021, domingo 3 de julio, La Paz.

EL PERRO DEL HORTELANO, 1933. ¡Salve Monolito! *Ultima Hora* año V, n° 1336, 24 de junio, La Paz.

GAMBOA, F., 2007. Dilemas y laberintos políticos en la Asamblea Constituyente. Cinco tesis políticas para explicar por qué no hubo Constitución el 6 de agosto de 2007. *La Razón* 5840: A12, 4 de agosto, La Paz.

GALLO, A., 1933. Las ruinas de Tiahuanacu, según el delegado de la Universidad de Buenos Aires. *El Diario*, 10 de enero, La Paz.

GARCÍA PABÓN, L., 2007 [1998]. *La patria íntima. Alegorías nacionales en la literatura y el cine en Bolivia*. Plural Editores y CESU, La Paz.

KOJAN, D., 2007. Paths of power and politics: Historical narratives at the Bolivian site of Tiwanaku. En *Evaluating multiple narratives: Beyond nationalist, colonialist, imperialist archaeologies*, J. Habu, C. Fawcett y J. Matsunaga (Eds.), pp 69-85. Springer, Nueva York.

KOJAN, D. y D. ANGELO, 2005. Dominant narratives, social violence and the practice of Bolivian archaeology. *Journal of Social Archaeology* 5 (3): 383-408.

LA RAZÓN, 1932. Las nuevas excavaciones que se efectuarán en Tiwanaku. Año XVI, n° 3395, viernes 10 de junio, La Paz.

____ 1932. Como la Esfinge, el monolito esconde un impenetrable secreto. Año XVI, n° 3401, viernes 8 de julio, La Paz.

____ 1932. (Fotografía). Año XVI, n° 3403, domingo 10 de julio, La Paz.

____ 1933. [Sin título]. Año XXII, n° 6661, jueves 27 de abril, La Paz.

____ 1933. El Ministro de Instrucción y el monolito. Año VII, n° 6661, jueves 27 de abril, La Paz.

- 1933. Los vecinos de Tiwanaku se oponen a la traslación del gigantesco monolito. Año XVII, n° 3657, viernes 5 de mayo, La Paz.
- 1933. Columna. Bombos y platillos. Oro interviene en el conflicto. Año XVII, n° 3731: 5.⁹
- 1934. El Gobierno no invertirá más dinero en el Monolito. Las declaraciones del Ministro señor Juan Manuel Sainz. s/n°, domingo 4 de febrero, La Paz.
- LA REPÚBLICA, 1933. La traslación del gran monolito de Tiwanaku a La Paz. Los “Amigos de la Ciudad” se oponen a esa determinación gubernativa. Año XII, n° 2416: 4, viernes 22 de abril, La Paz.
- 1933. Científicos eminentes fueron siempre contrarios al traslado de las ruinas de Tiwanaku. Año XII, n° 2417: 3, domingo 23 de abril, La Paz.
- 1933. La Sociedad Geográfica de La Paz, se opone a la traslación del Monolito. Año XII, n° 2420, jueves 27 de abril, La Paz.
- 1933. El gran monolito será trasladado a esta ciudad. Así lo anuncia el Ministro de Instrucción. Año XII, n° 2420, jueves 27 de abril, La Paz.
- 1933. Ornamentación. Año XII, n° 2420, jueves 27 de abril, La Paz.
- 1933. Serán expropiados los terrenos en los que se encuentran las ruinas de Tiahuanacu. 29 de junio, La Paz.
- 1933. El monolito descubierto por la misión Bennett está en la ciudad. Año XII, n° 2498, domingo 16 de julio, La Paz.
- 1933. El Parque 16 de Julio no es un museo de arqueología precolombina. Viernes 21 de julio, La Paz.
- 1933. Para lo que está sirviendo el monolito. Año XII, n° 2492, viernes 21 de julio, La Paz.
- 1933. A propósito del monolito Bennett. La comuna no puede renunciar a sus atribuciones. Año XIII, n° 2493, sábado 22 de julio, La Paz.
- 1933. La ubicación del Monolito en la Avenida 16 de Julio ha motivado la protesta del Consejo. Año XIII, n° 2493, sábado 22 de julio, La Paz.
- 1933. A propósito del monolito. Año XII, n° 2417, sábado 22 de julio, La Paz.
- 1933. Colaboran al Municipio en el abastecimiento a la población. Año XVI, n° 2200, miércoles 3 de agosto de, La Paz.
- 1933. N° 2402, La Paz.
- LOZA, C. B., 2004. *Itinerarios de Max Uhle en el altiplano boliviano. Sus libretas de expedición e historia cultural (1894-1896)*. Gebr. Mann Verlag, Berlín.
- MAMANI, C., 1996. History and prehistory in Bolivia. What about the Indians? En *Contemporary archaeology in theory*, R. Preucel e I. Hodder (Eds.), pp. 632-645. Blackwell, Oxford.
- MONJE ORTÍZ, Z., 1933. Del antiguo Tiwanaku a la Tiahuanacopolis moderna. La colosal estatua de la Madre llegó ayer a la ceja del Alto de La Paz sin novedad. *Universal. Diario de la tarde* año I, n° 165, viernes 7 de julio, La Paz.
- MORALES, J. A. y N. PACHECO, 1999. El retorno de los liberales. En *Bolivia en el siglo XX: La formación de la Bolivia contemporánea*. F. Campero Prudencio (Ed.), pp. 155-192. Harvard Club de Bolivia, La Paz.
- NAVIA, F., 2005. *Disfuncionalidades iconosemióticas del escudo de Bolivia*. Grupo Editorial Desing, La Paz.
- OSTERMANN, C., 2002. Acerca del monolito Bennett y su traslado a Tiwanaku. *Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia* 18 (VII): 17-35.
- PONCE SANGINÉS, C., 2002. Aventuras y desventuras de una estela monolítica. En *Tiwanaku. Ciudad eterna de los Andes*, pp. 51-57. Viceministerio de Cultura, La Paz.
- PORTUGAL, M., 1932. Defienden e impugnan las anunciadas excavaciones en Tiwanaku. *El Diario*, 25 de junio, La Paz.
- POSNANSKY, A., 1912. *Guía general ilustrada para la investigación de los monumentos prehistóricos de Tiahuanacu e Islas del Sol y la Luna (Titicaca y Koaty) con breves apuntes sobre las Chullpas, Urus y escritura antigua de los aborígenes del altiplano andino*. Imprenta y Litografía Boliviana-Hugo Heitmann, La Paz.
- 1933. Tiahuanacu. *El Diario*, Año XXIX, n° 9927, 26 de mayo, La Paz.
- 1940. La salida del Sol en el Gnomón de Lukurmata el 21 de marzo de 1940, equinoccio de otoño. *El Diario*, año XXXVI, n° 12.287, martes 2 de abril, La Paz.
- 1943. *Qué es raza (con 12 ilustraciones)*. Editorial del Instituto “Tiahuanacu” de Antropología, Etnografía y Prehistoria, La Paz.

⁹ Algunos periódicos están tan viejos que han perdido algunos datos.

- 1945. Tihuanacu: La cuna del hombre americano / *Tihuanacu: The cradle of American man*. J. J. Augustin, Nueva York.
- SCARBOROUGH, I., 2008. The Bennett monolith: Archaeological patrimony and cultural restitution in Bolivia. En *Handbook of South American archaeology*, H. Silverman y W. Isbell (Eds), pp. 1089-1101. Springer, Nueva York.
- TAMAYO, F., 1933. De Franz Tamayo al señor Director del Diario. *El Diario*, año XXX, n° 9265, domingo 23 de abril, La Paz.
- 1942. Para siempre. *Kollasuyo* 42: 45-62.
- TRIGGER, B., 1984. Alternative archaeologies: Nationalist, colonialist, imperialist. *Man, New Series* 19 (3): 355-370.
- ÚLTIMA HORA, 1933. Encuesta a personalidades. Año IV, n° 1271, 7 de abril, La Paz.
- VICEMINISTERIO DE CULTURA 2002. *Tiwanaku. Ciudad eterna de los Andes*. Viceministerio de Cultura, La Paz.
- VILLAGÓMEZ, C., 2002. La arquitectura del Museo Tiwanaku. En *Tiwanaku. Ciudad eterna de los Andes*, pp. 103-107. Viceministerio de Cultura, La Paz.
- YUJRA ROQUE, M., 2004. La construcción del imaginario histórico a través de la iconografía de monumentos, 1900-1930. Tesis de Licenciatura en Historia. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Carrera de Historia, Universidad Mayor de San Andrés, La Paz.